



## un pintor ante el paisaje del trópico

J O A Q U I N   V A Q U E R O

**I**MPULSADO por su enorme inquietud, a la búsqueda de emociones estéticas, el gran pintor español Joaquín Vaquero ha cruzado el Atlántico, tejiendo con sus diversas rutas sucesivas, a lo largo de más de veinte años, una verdadera red espiritual que enlaza a España con el continente americano.

Joaquín Vaquero ha llevado a América cuadros pintados por él en España. Llanuras de Castilla, mineros de Asturias, torres de Aragón... cuelgan de los muros de Museos y colecciones particulares del nuevo continente. Y con verdadero amor y rara penetración ha pintado paisajes, tipos y arquitecturas de casi todos los países y de todos los climas de América, desde las tierras frías del nórdico Canadá, hasta las estepas heladas de la «Tierra de fuego», pero derrochando su mejor pasión en los ardientes países de la América Central.

Aquí su obra se vuelve la de un fervoroso, ante la contemplación del ambiente bañado de luz perfecta, su entusiasmo y admiración al contacto de aquel paraíso, de aquel cielo tropical, se trans-



M U E R T E  
POR J. VAQUERO

forma en amor; y con ojos de amante, con clara diafanidad, recoge todos los matices y penetra en el alma de seres y paisajes.

Su intuición lo lleva a apartarse de la fantástica brillantez externa que ciega y turba los sentidos, ocultando el alma del paisaje. La esencia escondida detrás de esta luminosidad, se le escapará siempre al superficial observador del mundo exterior.

Vaquero, siendo pintor europeo, aquí, no cae, al enfrentarse con nuestro mundo, en los tópicos pictóricos con que tantos otros han representado los temas tropicales. Así vemos sus paisajes, sus figuras humanas, sus árboles sumergidos en un rara e inédita transparencia, bañándolos de suave y tenue luz desconocida hasta ahora para aquellos que pintan lo trivial. Aquí encuentra el pintor nuevas gamas de color y nos regala un mundo en el cual transforma lo vulgar en poesía. En este ambiente hemos visto en sus lienzos la Ceiba, el árbol sagrado de los indios, que acompaña siempre, en la plaza del pueblo más escondido, a la casi imposible iglesia colonial; los benditos árboles del bálsamo y del pan, los amates, los manglares, las cabezas somnolientas y desmelenadas de los cocoteros meciéndose en los melancólicos cielos del atardecer, los lagos cantados por Rubén Darío, los



V E N D E D O R A  
D E I G U A N A S

volcanes de cráteres encendidos que sirven de faro a los navegantes, las chozas de los indios, los sorprendentes templos de los Mayas y Aztecas.

Los cinco cuadros aquí reproducidos muestran cómo Joaquín Vaquero recoge con delectación hasta el último matiz físico de las cosas y cómo penetra al mismo tiempo, hasta lo más hondo del alma americana. La intención depurada, precisa, definidora de nuestra realidad.

Vaquero ha permanecido largamente, días enteros, en la contemplación de los mercados de indios y mestizos, observándolo todo, recogiendo datos. De esta contemplación han salido, pinturas murales, muchos lienzos, infinitos dibujos de distintos sitios del continente, con especial preferencia de Centro-América; allí más que en ningún sitio es también donde ha encontrado la tradición, el verdadero problema biológico, manifestado en sus costumbres, en la ornamentación y colorido de sus vestidos, en sus gestos hieráticos, en su arte, en su primitiva industria. Y a pesar del mutismo de esta raza ha sabido el pintor descubrir su secreto.

En «Mercado», reproducido en la portada, con una composición maciza y perfecta, están de relieve los tonos brillantes de los trajes, que envuelven la apagada y altiva resignación de los nativos.



En «Mercado en Puerto Colombia», página 11, se advierte la presencia de la mezcla negra que aleja el hieratismo, anarquizando la composición y acelerando el ritmo en forma y color.

«Muerte», que aparece en la página 12, es la visión fantástica que interpreta las famosas predicciones de los Libros Sagrados de los Mayas, cuando anuncian el Fatal Día en que la tierra esté muerta, y los árboles, y sea entonces el reino de los «Chon» (buitre o zopilote). Dicen las profecías: «Llegará un tiempo, en que los árboles se volverán negros»..., «y el «Chon», será el Señor de estos árboles». «Durante este tiempo vendrá del Sur un viento que abrasará como si saliese de cuevas encendidas, y resecará el monte; quedarán como esqueletos el árbol grande y el árbol chico». «El espacio se verá entonces enrojecido y turbio y todo quedará marchito permaneciendo como en un letargo»...

En «Vendedora de Iguanas», página 13 está como en «Mercado», captada hasta lo más hondo la expresión de mirada ausente y de ritmos lentos, de orgullo y de vigor interno. Paludismo y manos finas, una, en absoluto reposo, la otra sosteniendo el extraño reptil. Todas sus vestiduras dentro de la gama violeta de Panchimalco. En «La pirámide del Sol», que figura en la página 14 de rojizo tezontle, nos deja descubrir, Joaquín Vaquero, una de las poderosas razones de sus idas y venidas a América. Su pasión por la arquitectura precolombina, sobre la que, desde hace muchos años, hace estudios que no tardarán en salir a la luz.

R O S A T U R C I O S D A R I O